

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

24º domingo del Tiempo Ordinario (15 septiembre 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Dimas, el ladrón, se abandonó a la misericordia de Dios crucificado. Esta es la única puerta que abre el camino que conduce al mismísimo Corazón de Cristo (Rovirosa OC, T.I. 399).

En las parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia. Conocemos estas parábolas; tres en particular: la de la oveja perdida y de la moneda extraviada, y la del padre y los dos hijos. En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón (MV 9).

Desde la resonancia de estos textos me sitúo

Nada mejor para comenzar la oración que recordar la experiencia de la misericordia de Dios en tu vida. Recordar los momentos en que te has sentido alcanzado por el Dios que te busca a pesar de todo. El Dios que se alegra de encontrarte, que celebra tu regreso a él.

Quiero pedirte

*Quiero pedirte prestados tus ojos
para poder contemplar mis cegueras·
Pedirte prestados tus brazos
para tomar mi camilla y ponerme de pie·
Pedirte prestadas tus entrañas
para llenarme de tu misma misericordia·
Pedirte prestado tu corazón
para hacer de mi vida un sacramento de tu amor·
Pedirte prestada tu oración
para poder ser contemplativo en la acción·
Pedirte prestadas tus lágrimas
para aprender a sonreír con los demás·
Pedirte prestado tu peregrinar
para nunca instalarme·
Pedirte prestada tu autoridad de Mesías
para sólo dejarme conducir y llevar·
Pedirte prestada tu encarnación
para que sin perder de vista el Reino
me embarre cada día con nuestra historia·*

(Marcos Alemán, sj)



Escucho LA PALABRA

Lc 15, 1-32: Tres parábolas sobre la Misericordia

Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».

«O, ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Palabra del Señor

Confronto mi vida con la Palabra

Dice el papa Francisco que la misericordia es la viga maestra de la Iglesia. Dice que "La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia" (MV 12).

Por tanto, la primera verdad de nuestra vida personal, en tanto que miembros de la Iglesia, ha de ser también el amor de Cristo. Y de ese amor que llega hasta el perdón y el don de sí, hemos de hacernos siervos y mediadores cada uno de nosotros. Para esto no tenemos excusas, salvo que queramos justificar nuestra hipocresía.



Nuestro mundo encuentra razones para evitar el camino de la misericordia, para condenar al otro, para criminalizar al pobre, para juzgarlo, para ocultar la propia condición pecadora, anteponiendo el pecado de los otros. Nuestro mundo se centra tanto en sí mismo que se ha hecho incapaz de oír, de escuchar, de reconocer en el grito de cada ser humano el grito de un hermano, y se hace incapaz de dejarse conmover por el sufrimiento ajeno.

Para un cristiano no hay ley por encima del amor, no hay norma que justifique dejar a un lado la misericordia para con los demás, buscando su recuperación, posibilitando el encuentro, tendiendo puentes, que posibiliten la humanidad.

No tenemos otra manera posible de mirar la vida, la creación, a cada ser humano, que la mirada de la misericordia que reconcilia, reconstruye, acoge, integra de nuevo en la casa del padre, en la familia, que restaura la fraternidad. Misericordia que va siempre unida a la Justicia. Justicia y misericordia. No son dos momentos contrastantes entre sí, sino dos dimensiones de una única realidad que se desarrolla progresivamente hasta alcanzar su ápice en la plenitud del amor (MV 20).

La misericordia de Dios es ilógica, desconcertante, gratuita. Rompe nuestros esquemas, normas y costumbres, y desarma nuestros criterios. Nos supera y nos sorprende, y nos invita a parecernos a Dios misericordioso en nuestras relaciones personales y sociales. Nos enseña a construir las relaciones sociales desde esa lógica de la gratuidad del amor.

Por perdidos que nos encontremos y fracasados que nos sintamos, una cosa es segura: Dios nos está buscando. Esta es la buena noticia de Jesús.

A la luz de este Evangelio, puedo experimentar mi necesidad de conversión, y contemplar el amor desconcertante de Dios, para vivir en su plena confianza. Mi proyecto de vida puede avanzar también en estas experiencias. Para eso, mi oración me lleva a concretar pasos, para ser también cauce de la misericordia de Dios.

Poniéndome en manos del Señor, oro:



La oveja perdida

*Ven, Jesús, búscame,
Busca la oveja perdida.*

*Ven, pastor.
Deja las noventa y nueve
Y busca la que se ha perdido.*

*Ven hacia mí.
Estoy lejos
Me amenaza la batida de los lobos.*

*Búscame,
Encuétrame,
Acógeme,
Llévame.
Puedes encontrar al que buscas,
Tomarlo en brazos,
Y llevarlo.*

*Ven y llévame
Sobre tus huellas.
Ven tú mismo.
Habrá liberación en la tierra
Y alegría en el cielo*

(San Ambrosio)

Vuelvo a pedir poder pensar, trabajar y vivir como Jesús, en el Padre

*Señor, Jesús...
Concédenos
Como a todos nuestros hermanos de trabajo,
Pensar como Tú,
Trabajar contigo,
Y vivir en Ti.*

María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros